

y los habitantes de Jerusalén postráronse y adoraron al Señor y los Levitas del linaje de Caath y del linaje de Coré cantaban al mismo tiempo alabanzas al Señor Dios de Israel con grandes voces, que llegaban hasta el cielo.

Al día siguiente muy de mañana tomaron el camino del desierto de Thecua, diciéndoles Josafat: «Confíad en el Señor Dios vuestro, y estaréis seguros; creed á sus Profetas y todo irá felizmente.» Hizo además sus advertencias al pueblo, y señaló cantores del Señor, para que distribuidos en coros cantasen sus alabanzas, y precediendo al ejército, dijese todos á la vez: «Glorificad al Señor porque es eterna su misericordia.»

No bien habían entonado sus cantos, convirtió el Señor contra sí mismos las estratagemas de los enemigos, es decir de los Ammonitas, de los Moabitas, y de los pueblos de la montaña de Seir, que habían venido á pelear contra Judá, y quedaron derrotados; porque los dos primeros dirigiéndose contra los últimos, destrozándolos y acabando con ellos y ejecutado esto, volvieron las armas contra sí mismos matándose unos á otros.

Los de Judá, así que llegaron á la altura desde donde se descubre el desierto, vieron á lo lejos todo aquel espacioso campo cubierto de cadáveres, y que ni uno siquiera había escapado de la mortandad, viendo que realmente habían derrotado á sus enemigos sin desenvainar la espada, conforme la promesa del Señor por boca de Jazahiel: «El combate no está á cargo vuestro sino de Dios.»

Desde entonces ha sido llamado aquel sitio *el valle de Bendición*; nombre que le dieron Josafat y los de su ejército por haber ellos bendecido allí al Señor.

Por el fondo del Uadi-el-Kelt corre un torrente que antes se atravesaba por un puente del cual se conservan aún bellos vestigios. Opinan muchos autores que este Uadi es el Nahal-Kerith, *torrens Karith*; donde Elías se retiró por disposición divina, siendo allí alimentado por cuervos.

También se identifica con el valle de Achor, donde por sentencia de Josué fué apedreado Achán con sus hijos y con sus hijas, por haberse reservado, faltando al mandato divino, parte de los despojos de Jericó.

Desde Jericó envió Josué dos exploradores hacia Hai, al Nordeste, quienes al regresar manifestáronle que era necesaria mucha gente para apoderarse de la ciudad. Josué hizo mandar cerca de tres mil hombres que fueron batidos por los guerreros de Hai y puestos en fuga después de haber perdido treinta y seis hombres. El pueblo se consternó; su co-

razón se liquidó como agua según la energía oriental del texto. Josué rasgó sus vestidos y estuvo postrado en tierra delante el arca del Señor hasta la tarde, tanto él como todos los ancianos de Israel, y echaron polvo sobre sus cabezas, y dijo Josué: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué quisiste hacer que pasase este pueblo el Jordán, para ponernos en manos del Amorreo y destruirnos? ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán, como comenzamos! ¡Oh Dios! ¿qué diré viendo á Israel volver las espaldas á sus enemigos? Lo oirán los cananeos y todos los habitantes de la tierra; y apiñados nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué harás de tu gran nombre?»

Entonces Dios le hizo conocer que Israel había pecado y se habían apropiado alguna cosa del anatema. El séptimo día de la marcha solemne alrededor de los muros de Jericó, un momento antes del último sonido de las trompetas, Josué había mandado al pueblo pasar á filo de espada á todos los habitantes, á excepción de Rahab y de los suyos, y de quemar la ciudad con todo lo que en ella había. Solamente el oro y la plata, el cobre y el hierro, debían ser consagrados al Eterno y depositados en sus tesoros. Habiendo un hombre obrado contra esta orden, Dios mandó á Josué anunciar al pueblo que había un anatema en Israel, y que mientras no se hubiera quitado de en medio de ellos, les sería imposible resistir á sus enemigos. Todo el que se encontrare culpable de este anatema, será castigado de muerte. Entonces las tribus se presentaron en suerte, y la suerte cayó sobre la familia de Zaré; y entre los hombres de esta casa, recayó sobre Achán. Josué le dijo: «Hijo mío, da gloria al Señor Dios de Israel; confiesa y manifiéstame lo que has hecho, no lo encubras.» Achán respondió á Josué: «Verdaderamente yo he pecado contra el Señor Dios de Israel, y he hecho esto: ví entre los despojos una rica capa de Senaar, con doscientos ciclos de plata y una regla de oro de cincuenta ciclos; y llevado de codicia, lo tomé y escondí debajo de la tierra en medio de mi tienda, y cubrí el dinero con tierra que cavé.» Josué envió sus criados, los cuales encontraron los efectos como Achán había dicho; los llevaron á Josué y los arrojaron delante del Señor. Entonces Josué, acompañado de los Israelitas, condujo á Achán con sus hijos, sus hijas, sus ganados y todo lo que era de él, así como las cosas sometidas al anatema en el valle de Achor, en donde fueron apedreados y consumidos por las llamas.

Si, como parece, los hijos fueron castigados por esta circunstancia con su padre, es porque tuvieron conocimiento de su crimen y le ayudaron á ocultarlo en su tienda común. Dios había declarado expresa-

mente en su ley que «los padres no perecerán por los hijos, ni los hijos por los padres, sino que cada uno morirá por su padre.»

Continuando el viaje por la ribera meridional del Uadi-Kelt en dirección á Jerusalén pásase por antigua calzada cuyas piedras dislocadas hacen peligroso el camino. Una de ellas es conocida con el nombre de *Ascensus Adummin*, en hebreo *Maaleh Adommim*, por conducir al puesto militar del mismo nombre establecido por los romanos casi á la mitad del camino entre Jerusalén y Jericó, con el fin de proteger á los viajeros en lugares no menos seguros de lo que lo son hoy. Diéronse el nombre de *Castrum Adummin*; fué reconstruido en distintas épocas, y actualmente es del todo arruinado, llamándole los árabes Kalat-ed-Denim, *Castillo de Sangre*. San Gerónimo da también el nombre de cuesta de Sangre á aquella soledad de tierra estéril y rojiza, á causa, dice, de la abundancia con que ha sido allí vertida por asesinos y salteadores. Las ruinas de un pueblo que existiría en las cercanías son llamadas por los árabes Ram-Adrur.

Desde un cerro que domina las escarpadas márgenes del Uadi vense en las de la parte septentrional muchas cuevas artificiales, algunas con un muro de defensa con su entrada. Junto á ellas, un puente-acueducto se conserva aún en buen estado. Formaban parte aquellas grutas del antiguo cenobio fundado por el monje Juan, contemporáneo de San Zótimo.

Dos horas de marcha por un camino peligroso y difícil por demás, dejando á un lado el lugar de Bahurein, donde descansó David al huir ante la rebelión triunfante de su hijo y donde fué ultrajado y lapidado por Semei, llevan á la fuente del Hod-el-Azarieh, la primera que se encuentra viniendo del valle del Jordán. Por ser de tradición que en ella hicieron alto varias veces los discípulos del Divino Salvador en sus excursiones de Jerusalén á Jericó, llámanla los cristianos *Fuente de los Apóstoles*. Hay razones que hacen creer ser esta la fuente del Sol *Em Chemech*, de la cual habla el libro de Josué. Está situada en estrecha garganta, entre dos montañas que parecen unidas en algunos puntos, lo cual priva que el aire circule por aquel lugar, mientras que el sol lo inunda con torrentes de fuego. Adornan aún la fuente un arco y un pilón, y el agua que de ella mana, aunque fresca y cristalina, hay que beberla con cautela, pues en ella se crían muchas sanguijuelas.

Cerca de allí el paisaje va abandonando el aspecto agreste, gracias al verde follaje de algunos árboles que alegran la vista del viajero cansada de tanta esterilidad. Comienza la ladera oriental del monte de los Olivos, y entre espeso encinar divísanse de pronto las rústicas vivien-

das de un pequeño pueblo. ¡Es Bethania! ¿Qué nombre resuena más dulcemente en el oído, ni más dulcemente en el corazón?

Esta población tan célebre fué la patria de Marta, de María Magdalena y de Lázaro, al mismo tiempo que un lugar de los más predilectos del Salvador. Allí, en efecto, se hospedaba cada vez que se dirigía á Jerusalén para celebrar alguna fiesta con el pueblo ó para predicar su celestial doctrina; allí se retiraba para hacer oración y descansar en el seno de una familia elegida; allí consagró con su ejemplo la verdadera amistad; allí obró uno de sus más estupendos milagros; de Bethania partió el divino Maestro dirigiéndose á Jerusalén, donde entró el Domingo de Ramos entre los vítores y aclamaciones populares: en Bethania, en fin, pasó los últimos días de su vida mortal antes de la Pasión, rodeado de aquellos á quienes amaba con la mayor ternura. A la verdad, si su huella humana aparece en alguna parte en su fresca y viva impresión, es seguramente en estos Santos Lugares. Desgraciadamente, no quedan de tantos recuerdos sino vestigios informes, que es necesario restablecerlos mentalmente.

En Bethania, en casa de Simón apellidado el Leproso, quizás por haber padecido mal de lepra él ó alguno de sus antepasados, se hallaba el Salvador cuando la arrepentida María, arrepentida de la disipación y del escándalo á que se había entregado en Magdala, se llegó á él con un vaso de alabastro que contenía un precioso unguento, y lo derramó sobre el cabello de Jesús estando recostado á la mesa. «Y estando Jesús en Bethania en casa de Simón el Leproso, dice el Evangelio, se llegó á él una mujer que traía un vaso de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando recostado á la mesa.» Varios de los presentes, y en especial Judas, se indignaron diciendo que mejor hubiera sido vender el unguento y dar su importe á los pobres. Jesús los reprendió; y para mostrarnos el efecto que aun las más suaves reprensiones producen en los malos corazones, el Evangelista añade en seguida que Iscariote se fué á los sacerdotes y dijoles: «¿Qué queréis darme y os le entregaré?» ¿Acaso Judas pedía dinero por su traición para darlo á los pobres? Los impíos, los nada amantes de la gloria de Dios y de los honores que se le tributan, han usado siempre el mismo lenguaje; todo cuanto se ofrece á Dios es para ellos dinero perdido. «¿Por qué se han de edificar iglesias y levantar altares? ¡Cuántos pobres se podrían alimentar con este dinero!» Tales son las palabras que cada día oímos á tantos Judas como hay prontos á vender á Jesucristo, no para sustentar á los pobres, sino para enriquecerse inicuaente. A buen seguro que los pobres nada pierden en cuanto tiende á fomentar el sen-

timiento religioso en los corazones; y donde hay hermosas iglesias no son sin duda los pobres más infelices.

María Magdalena y Marta tenían un hermano llamado Lázaro, y los tres vivían en Bethania. Jesús amaba aquella familia, y como Lázaro se hallara enfermo, sus hermanas se lo previnieron á Jesús diciéndole por un mensajero: «Señor, he aquí que el que amas está enfermo.» Esta es una oración perfecta como la de la Cananea, porque la oración perfecta consiste en una sencilla exposición de la necesidad, acompañada de una firme confianza en Dios que lo puede todo.

Jesús, que sabía lo que iba á suceder, respondió que aquella enfermedad no sería de muerte, sino que era para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuera glorificado por ella. Dejó después que transcurrieran dos días, al cabo de los cuales dijo á sus discípulos: «Vamos otra vez á Judea»; pero los discípulos, asustados le respondieron: «Maestro, los judíos querían apedrearte, y ¿vas allá otra vez?» Jesús entonces les dió á entender que debía cumplir con su ministerio, y hablando en nombre de la Santísima Trinidad, y anunciando una obra de Dios, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, duerme, mas voy á despertarle.» Los discípulos creyeron que Jesús hablaba del sueño ordinario, y Jesús tuvo necesidad de decirles: «Lázaro ha muerto y me huelgo por vosotros de no haber estado allí para que creáis. Mas vamos á él.» Entonces Tomás dijo á los otros discípulos: «Vamos también nosotros, y muramos con El.» Tomás, como más tarde Pedro, se creía más fuerte de lo que era en realidad.

Cuando Jesús llegó á Bethania, hacía cuatro días que Lázaro estaba enterrado; porque, según la costumbre establecida entre los judíos después de la vuelta de Babilonia, tan pronto como moría un hombre, se le vendaba y se le llevaba al sepulcro, y todos los días, y dos veces durante el día, los parientes y los amigos iban á llorar cerca de el muerto, hasta que en su rostro, que quedaba descubierto, se empezaban á notar señales de putrefacción. Así se hicieron los funerales de Lázaro en medio de gran concurso de amigos. Aquellos amigos que aun acompañaban á María y Marta habían estado viendo el cadáver y habían reconocido su putrefacción, poniéndole el sudario y retirándose del sepulcro después de cubrirle con una losa.

Marta, cuando supo que llegaba Jesús, salió á recibirle; pero María se quedó en casa, ya porque ignorara la presencia del Maestro, ya porque quisiera cumplir en ella con los deberes de la hospitalidad para con sus parientes. «Señor, dijo Marta á Jesús, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto; mas también sé ahora que todo lo que pidas

á Dios, Dios te lo otorgará.» Se diría por estas palabras, que la hermana de Lázaro no puede comprender que la muerte ni el dolor alcancen á los amigos de Jesús.

Jesús la dijo: «Tu hermano resucitará.»

Repuso Marta: «Bien sé que resucitará en la resurrección, en el último día.»

Jesús entonces, queriendo aumentar y fortalecer la fe de Marta enseñándola que ni siquiera se necesita pedir, la dijo estas palabras soberanas: «Yo soy la resurrección y la vida: el que crea en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo aquel que vive y crea en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?»

Ya en otras ocasiones el Salvador exigió la fe de otros en nombre de aquellos en cuyo favor se le suplica, porque todos los miembros se hallan unidos en un mismo cuerpo y deben obrar los unos por los otros, lo cual constituye la comunión de los Santos. Marta le respondió por su acto perfecto de fe teológica: «Sí, Señor; yo creo que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.» Dichas estas palabras, Marta fué á buscar á su hermana, la dijo que el Maestro preguntaba por ella, y en el instante María fué á encontrar al Señor, siguiéndola los huéspedes, por creer que se dirigía al sepulcro. Apenas María vió á Jesús, cayó á sus plantas, y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.» Entonces Jesús gimió en su ánimo y se turbó á sí mismo, es decir, por su propia voluntad: como Señor absoluto de todas las sensaciones que su humanidad podía experimentar, dejó que la invadiera libremente el dolor de aquellos á quienes amaba.

Preguntó después: «¿En dónde le pusisteis?» «Ven, Señor y le verás», le respondieron. Jesús lloró entonces, y algunos de los judíos, al contemplar sus lágrimas, decían: «Ved cómo le amaba»; mientras otros murmuraban: «Pues este que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no podía hacer que ese no muriese?»

El Evangelista, nota San Cirilo, cuenta con una especie de estupor lo de las lágrimas de Jesús. Aquellas lágrimas, dicen otros intérpretes, corren como las de los hombres que le rodean, pero no por la misma causa: Lázaro, en la obscuridad de la tumba, representa para Jesús al género humano, muerto, extenuado, y por decirlo así, putrefacto; llora, pues, por aquel estado de la criatura destinada á una doble inmortalidad y que ha llegado á ser esclava de una doble muerte.

Jesús, pues, gimiendo nuevamente, se llegó al sepulcro, que era una gruta cuya boca habían cerrado con una losa, y dijo: «Quitad la losa.» «Señor, contestó Marta: ya hiede, porque es muerto de cuatro